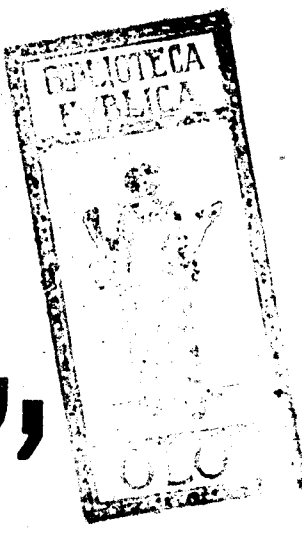


Lo primer Eco de la Montaña
por J. J. J.

Donatium de Berga Boada



El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	Ptas. 1'50
	» » año.	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0'03
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 9 de Octubre de 1892.

Año I. Núm. 15.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no esté adelantado su importe. — Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

LA LEYENDA DEL BIEN PÚBLICO.

Era día de fiesta en la legendaria tierra del sol claro y los ojos negros. Reuniéronse lo más florido y principal de los héroes, los sábios y los ancianos, y todos juntos pensaron á voces que cosa podrían hacer mejor en honra y provecho de su pueblo y para felicidad y alegría de sus hermanos. Y á uno de los más prudentes le inspiró una musa juguetona la idea de poner sobre la verde hierba del bosque de las encinas, que hacia de tapete en la asamblea al aire libre, una proposición trascendental.

El iluminado escribió en el agua de un arroyo lo que sigue: « Se pone á vuestra deliberación el proyecto de hacer el bien público de manera tan general y acabada que á todos llegue y en cada hogar esté presente para contento general de la tribu elegida.»

Los congregados leyeron estupefactos, y tardaron una luna en volver de su admiración asombrada. ¡ Era grande lo del proyecto del bien público! Lo merecía el noble pueblo que á ninguno cedía en generosidad, en valor, en virtudes, en genio, etc., etc.: así se lo decían siempre al pueblo mismo, que llegó á creerse como ninguno en grandezas de alma, por lo cual, apesadumbrado por sus mismos prestigios, hacia lo menos por conservarlos, cual si contara con lo inagotable del caudal y tuviera por avaricia la mesura y circunspección en su uso.

Y manos á la obra. Los elegidos nombraron una comisión que dijese concretamente cual era el verdadero medio de hacer el bien público, y la comisión se dividió en tres sub-comisiones; una para estudiar lo de bien, otra para estudiar lo de público, y otra para las dos cosas. Esto de las comisiones y sub-comisiones era el más peregrino encanto de la tierra de las leyendas: allí había comisiones para todo, lo presente, lo pasado y lo futuro. Las sub-comisiones nombraron á su vez ponencias, y las ponencias, ponentes, y se discutieron las opiniones de los ponentes en las ponencias, y las de las ponencias en las sub-comisiones, y las de las sub-comisiones en cada comisión. Pasado todo lo cual, y sin dar reposo al cuerpo ni al espíritu, justamente en la segunda generación siguiente á la del feliz iluminado que concibió el sin igual pensamiento, se reunió asamblea magna de ancianos, sábios y héroes para resolver el problema.

Fué tarea larga, pero no digna de la crónica, la de debatir ideas y concordar voluntades. Pero los más llegaron á un acuerdo, y, contra el voto de los menos, decidieron salvar á su país haciendo un bien público para cada honrado habitante de aquellos contornos. ¿ De qué otra mejor manera había de llegar el bien público á todos los hogares y á

todos los pechos? ¿ Ni cómo podían conservar vivo y constante el amor al bien público, sino poniéndolo como deidad protectora del hombre? Y así fué: hicieron una estatua aparentemente hermosa del bien público, en oro macizo, y el pueblo pasó tres días entre fiestas y holgorios cuando terminaron los artifices la colosal obra: ¡ Qué hermosa!

Pero faltaba que todos tuvieran bajo su techo, en su mano, aquel incomparable bien público, y como no era cosa de partir en menudos fragmentos la deseada estatua, reservada solo para los elegidos, se comenzó la segunda parte del proyecto salvador: en grandes talleres empezaron á construir tantas reproducciones del bien público cuantos eran los del pueblo.

Aquí hubo una dificultad imprevista.

¿ Se harían iguales todas las imágenes del bien público? Dudar es tontería. ¿ Son iguales los dedos de la mano? Y construyeron unas cuantas reproducciones en plata, un centenar entre las de barro y las de piedra, y el resto, muchos miles de cera. Se necesitaba una primera materia barata, y para llegar á la cima en la obra se pensó en la cera, y se mandó que cada habitante diera la de sus propios oídos, por lo cual quedóse proverbial entre las gentes lo de haber perdido la cera de los oídos por el bien público.

Acabó el largo y rudo trabajo, y hubo en los magníficos almacenes del pueblo un bien público para cada habitante. ¡ Qué dicha! Todos entonaban cánticos de alabanza al Creador, y se prepararon públicos regocijos para conmemorar la entrega del bien público á sus futuros envidiables poseedores. Se fijó la fecha del acontecimiento para el día del Corpus Christi, día grande como el suceso.

Y llegó el día, y las muchedumbres acudieron coronadas de rojas rosas y doradas espigas á la puerta del inmenso almacén del bien público. Picava el sol aquel día. Franqueáronse las amplias entradas y.... ¡ Horror! La cera se había derritido y en masa informe, pestilente, amenazaba humeando con tragarse al que osara poner mano en el blanducho lago.

¡ Maldita imprevisión! ¡ Derritirse el bien público!

Desde entonces, á los viajeros que cruzan aquellas hermosas campiñas, diciéndoles sus moradores, contestando á las preguntas sobre el bien público en la bendita tierra de las leyendas: « Si señor; lo teníamos uno para cada uno, ¡ y que hermosos! pero se evaporó.»

Y le cuentan la leyenda.

— ¿ Y ahora?, interrumpe el viajero.

— Ahora también hay bien público, le replican. Ahora hay uno sin semejante, de oro puro magnífico. Pero está en el Museo de.... la Historia y para verlo se necesita tarjeta.

— ¿ Y los otros de plata, piedra ó barro?

— También quedan, y los que los tienen los enseñan al público. ¡ Pero cuesta bastante cara la exhibición y se va perdiendo el gusto de pagar, porque nos enseñan esas cosas desde lejos!

EL PADRE MARTIN.

Así se llama el nuevo general de la Compañía de Jesús. El religioso que ha sido elevado á tan alta dignidad descuella entre sus compañeros: no se comprende ni se explica de otro modo su elección. Va á dirigir ese instituto religioso, á cuyos miembros llamó Federico *El Grande*, de Prusia, amigo de los filósofos que prepararon la cruenta revolución de Francia, « granaderos del Papa.» En ese instituto cada uno de los que lo forman ocupa el sitio más conveniente á sus facultades y aptitudes. Un hombre vulgar, un medianía, un carácter, á no ser de primer orden, no es capaz de gobernar dulce y fuertemente esa institución, en la que abundan las inteligencias superiores. La cabeza debe ser colosal, como colosal es la compañía que extiende su poder moral, más ó menos directamente, de uno á otro confín de la tierra.

La elección de jefe supremo de miles de sacerdotes conocedores del corazón humano, avezados muchos á la lucha intelectual y siguiendo cuidadosamente el movimiento científico, preparados todos á marchar sin replicar á donde sean enviados, aunque sepan que en el término de su viaje encontrarán la muerte, ha sido considerada como asunto importantísimo no solo por los católicos, protestantes y judíos, sino por los gobiernos de las potencias de primer orden.

El Padre Luis Martín es al vigésimo cuarto general de la orden que fundó el caballeroso Ignacio de Loyola.

A título de curiosidad ahí van los nombres de sus antecesores:

« San Ignacio de Loyola, español; Lainez, español; San Francisco de Borja, español; Everad Mercurián, belga; Claudio Aquaviva, napolitano; Mutius Vitelleschi, romano; Vicente Caraffa, Francisco Piccolomini, florentino; Alejandro Gotifredo, romano; Goswin Nickel, alemán; Juan Pablo Oliva, genovés; Carlos de Noyelle, belga; Tirso Gonzales, español; (1686); Miguel Angel Tamborini, modenés; Francisco Retz, bohemio; Ignacio Visconti, milanés; Luis Centurioni, genovés, y Lorenzo Ricci, florentino.

Suprimida la orden en 1773, no hubo nueva elección hasta 1805. Desde aquella fecha han desempeñado el generalato Tadeo Borzogowski, polaco; Luis Fortis, veronés; Juan Roothaan, holandés; Pedro Bek, y el Padre Anderley, suizo fallecido recientemente.

El Padre Martín cuenta cuarenta y seis años. Es hijo de unos humildes y honradísimos labradores.

Alto, moreno, de barba muy espesa y tirante, corpulento y de genio despiertísimo, excesivamente nervioso, activo y emprendedor, sobrecoje la primera vez que se le ve. Se le habla y su conversación revela que tiene un corazón grande, concluyendo por ganarse la voluntad del que le oye.